

2. COMUNICACIÓN Y POLÍTICA SIMBÓLICA	27
2.1. SIGNOS, SONIDOS, IMÁGENES, PALABRAS Y MENSAJE	28
2.2. LA COMUNICACIÓN POLÍTICA	30
2.3. COMPONENTES DE LA POLÍTICA SIMBÓLICA	32
2.4. LA TEORÍA DE SISTEMAS	41
2.5. EL MÉTODO DEL SOBRECÓDIGO	44

2. COMUNICACIÓN Y POLÍTICA SIMBÓLICA

De lo tratado en el primer capítulo se desprende que la mercadotecnia consiste en una serie de métodos y técnicas que permiten a las organizaciones actuar en el mercado mediante la vinculación entre la oferta y la demanda, y que la mercadotecnia política parte del principio de considerar los fenómenos sociales, en general, y políticos, en particular, a partir, precisamente, de las relaciones entre oferentes y demandantes.

La primera dificultad aparece cuando se percibe el hecho de que el intercambio de servicios y propuestas políticas es mucho más complejo que el de mercancías, ya que los primeros tocan niveles más profundos pues se ubican de lleno en el centro de las relaciones humanas y en la manera como los seres humanos se vinculan con su entorno. Existe una evidente diferencia, por ejemplo, entre una empresa que prepara una campaña para dirigirse a la sociedad diciéndole que *utilice tal o cual producto* para que los objetos queden más limpios y otra que lo hace sugiriendo que *si participa de manera activa en las campañas de reforestación podrá contar con un mejor ambiente*.

Por ello, al hablar de mercadotecnia política estamos obligados a no sólo mencionar a la mercadotecnia como tal, pues el calificativo de política incrementa su dimensión al nivel de las potencialidades humanas, la primera de las cuales consiste en comprender y conocer lo que el hombre es y lo que le rodea.

Existe un hecho innegable: *todo conocimiento tiene su origen y fundamento en la realidad*, pero ésta es tan compleja que no es posible que un individuo aislado pueda ser capaz de descubrirla. Para ello requiere de dos condiciones fundamentales: simplificarla, es decir, hacer maquetas de la realidad como proponen los arquitectos, modelos como dicen los economistas, o paradigmas en opinión de los científicos, y comparar, analizar y enriquecer sus abstracciones particulares con las de los demás.

Lo anterior constituye uno de los fundamentos más sólidos de la necesidad del ser humano de vivir en sociedad y explica por qué fenómenos como la política y la comunicación se encuentren ligados a la naturaleza misma del hombre. Pero, ¿cómo opera la comunicación en la sociedad? ¿Cómo se relaciona con la mercadotecnia política? ¿En qué consiste la denominada política simbólica y cómo funciona?

La respuesta a estas interrogantes no es sencilla y rebasaría claramente los alcances de la presente exposición. Sin embargo, a continuación se presentará el resultado de una investigación que pretende, como se mencionó al inicio del trabajo, dar una idea del estado en que se encuentra el debate actual relacionado con la mercadotecnia política.

2.1. SIGNOS, SONIDOS, IMÁGENES, PALABRAS Y MENSAJE

Las relaciones explicadas anteriormente se han presentado a través de diferentes manifestaciones a lo largo del tiempo. Para efectos de este trabajo se partirá de considerar al lenguaje como el eje central y a la palabra como su elemento fundamental.

Si bien la lengua no abarca la totalidad del proceso de comunicación, es evidente que las palabras son la abstracción más común de la naturaleza humana. De ahí que una de las primeras interpretaciones acerca del hombre se presentó en la cultura griega, que lo definió, precisamente, como un animal provisto de palabra: *zoon long ejon*. Por ello, para estudiar el fenómeno de la comunicación se ha partido tradicionalmente del análisis de la lengua o del arte de hablar. En su *Retórica*, Aristóteles señalaba tres elementos aplicables a la comunicación mediante el lenguaje: quién habla, qué dice y a quién habla.

Lo anterior ha sido punto de partida para que una serie de teóricos y de estudiosos hayan propuesto, en diferentes momentos, diversos componentes del proceso de comunicación. Por ejemplo, "Lasswell consideró como elementos constitutivos del proceso los siguientes: análisis del emisor —quién habla—, del mensaje —qué dice—, del receptor —a quién habla—, con el agregado del estudio del *canal* por el que se envía el mensaje y los efectos que éste produce. Posteriormente, al ampliar las investigaciones de lo que se ha llamado comunicación social, Raymond B. Nixon enriqueció el análisis al estudiar, explícitamente, interrogantes como: ¿quién?, ¿con qué intenciones?, ¿qué dice?, ¿en qué canal o medio?, ¿a quién?, ¿con qué efecto y bajo qué condiciones? En el modelo de Shannon-Weaver se presentan cinco componentes de la comunicación: una fuente, un transmisor, una señal, un

receptor y un destino. Aquí, el propósito de la fuente se expresa en el mensaje como una traducción de ideas o de intenciones debidamente codificadas, con lo cual se abren las posibilidades de análisis al estudio del proceso de codificación, que fue incluido en el modelo de David K. Berlo, quien propuso: la fuente de la comunicación, el codificador, el mensaje, el canal, el descodificador y el receptor de la comunicación” (Arbesú, 1987, p. 41).

Es por ello que el proceso de comunicación es, por sí mismo, complicado y no resulta extraño que numerosos enfoques, al intentar su simplificación para describirlo, se hayan centrado de manera primordial en sus elementos, y aun aquellos que analizan los efectos que produce encuentran dificultades para su presentación y difusión, ya que los medios, por sus intereses naturales, no los propagan. Por ejemplo, en el primer trimestre de 1996, en protesta por la programación violenta y negativa de las cadenas televisivas, tres millones de telespectadores estadounidenses organizaron un boicot de una semana sin encender los aparatos de televisión. Esta acción social fue considerable ya que tres millones de personas es una cifra nada despreciable. No obstante, los medios masivos de comunicación no le dieron importancia ni cobertura a la noticia.

En el caso de la comunicación política existen planteamientos que, para su estudio, han partído desde el punto donde se origina la comunicación: la representación.

La mayor parte de los postulados analizados en relación con este problema parten de construcciones socioculturales de la realidad que desembocan necesariamente, en cuanto a la representación, en algo que se conoce como el análisis estructural del mensaje. Cabe destacar que al hablar del mensaje se altera la forma de cómo pensamos y actuamos y la forma en que percibimos el mundo, ya que el mensaje es una abstracción que por su naturaleza limita, restringe o simplifica la realidad. Por ello, autores como McLuhan (1990, pp. 429 y 430) consideran que “el mensaje de los medios de información a sus receptores es el drama mismo de la alienación contemporánea”, ya que al constituir un proceso que incluye signos, sonidos, imágenes y palabras, en lugar de simplificar los fenómenos los limitan, e imponen criterios y juicios de valor.

Pero el mensaje no es sólo un sistema de signos de entendimiento por medio del cual se comprenden los hombres; es, además, un método de representación que da sentido al mundo en que vivimos, es decir, un camino o una forma de ver, entender e interpretar lo que nos rodea. Así, sonidos, palabras e imágenes intentan decir lo que las cosas

son, pero, en rigor, nunca llegan a expresar con plenitud el ser de las cosas que se encuentra en función de la vida íntegra: razón, sentimiento, emoción, acción. Por eso, el mensaje es un puente temporal de comunicación que nos lleva a traducir a una estructura de signos la concepción de los objetos. De este modo decimos que solamente hay comunicación cuando se comprende el mensaje en el sentido en que el emisor pretende que se entienda. La objetividad en las ciencias de la comunicación no estriba en la identidad de ideas —cosa imposible— entre el emisor y el receptor, sino en la analogía de las ideas mediante el empleo de un código claro para ambas partes, es decir, lo importante ya no es lo que se dice sino el cómo y el por qué se dice.

Con base en lo anterior surgen tres interrogantes: ¿es posible subdividir el estudio de este proceso?, ¿podemos hablar de diferentes tipos de comunicación? y, finalmente, ¿con base en qué se puede presentar una tipificación?

Si la esencia del análisis estriba en la descomposición del objeto de estudio en sus partes componentes, la subdivisión del estudio con base en el proceso no sólo es factible sino indispensable. Es así que se propone una división en cuanto a los objetivos y los fines de la comunicación. Por ejemplo, una comunicación social cuyo fin sería analizar las relaciones entre los componentes de una colectividad, o bien, para efectos de este trabajo, una comunicación política cuyo objetivo estaría centrado en el estudio de las relaciones de poder dentro de una sociedad, particularmente de las relaciones entre gobernantes y gobernados.

2.2. LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

¿Cómo entender la comunicación? ¿De qué punto podemos partir para comprender y analizar su funcionamiento? Ante estas interrogantes se presenta un hecho importante: “Jamás en la historia del mundo se ha hablado tanto de comunicación. Esta, al parecer, debe regular todos los problemas. La felicidad, la igualdad, el desarrollo de los individuos y los grupos. Mientras que los conflictos y las ideologías se esfuman [...] curiosa y gran convergencia de estos diferentes campos. Consenso transnacional que cree en una nueva ideología, en una nueva religión mundial en formación [...] jamás se habla tanto de comunicación como en una sociedad que ya no se sabe comunicar consigo misma, cuya cohesión está en duda, cuyos valores se desmoronan y cuyos símbolos demasiado usados no logran unificar” (Sfez, 1992, pp. 5 y 6).

Lo anterior nos obliga al planteamiento de una pregunta fundamental: ¿dónde iniciar la formación de una idea de lo que este fenómeno es y representa en términos políticos?

De la misma manera que para la comunicación en general, la comunicación política ha sido tratada de diversas formas y con diferentes enfoques según el objetivo del análisis desarrollado. A continuación enunciamos brevemente el punto de vista de cuatro teóricos que se sitúan en diversos niveles de análisis: los dos primeros exploran el fenómeno de la comunicación política desde el *punto de vista sociológico* (Fagen y Bourdieu), mientras que los dos siguientes estudian el fenómeno mediante el *análisis lingüístico* de los mensajes políticos (Cotteret y Guilhaumou). Es decir, los primeros tratan lo relativo a los códigos y a los canales o medios de transmisión, mientras que los segundos se centran en el análisis de los mensajes.

Por lo que toca a los primeros, para Fagen (1966) el problema del fenómeno de la comunicación política se centra en la *buena transmisión de los mensajes* —sin tomar en cuenta su sentido o contenido político—, la cual parte de un emisor —generalmente ubicado en un nivel superior— y va dirigida hacia un receptor: la población. El fundamento de su estudio se encuentra en las relaciones entre emisor y receptor. Si la relación es en ambos sentidos y transparente determina un estilo denominado “de tipo democrático”; si, por el contrario, la relación es en un solo sentido —descendente— y además secreta, forma parte de un “estilo despótico”. Lo anterior le permite presentar dos formas de comunicación política: la liberal y la autoritaria. A su vez, este autor subdivide a los regímenes liberales o democráticos en democracias clásicas y democracias comprometidas, y a los regímenes autoritarios en autocracias y totalitarismos.

Por su parte, Bourdieu (enero de 1973) establece sus planteamientos bajo la tesis de que el fenómeno de la comunicación política *está manipulado con anterioridad*, ya que los circuitos de la comunicación están forjados por los códigos de la clase dominante y, no obstante las interrelaciones posibles entre el emisor y el receptor, el código determina los mensajes, mientras que el contenido está a su vez determinado por los aparatos u organizaciones. De esta forma, el emisor —anónimo— es el código mismo, mientras que el receptor, frente al mensaje producido por el código, sólo tendrá una ilusión de respuesta.

En cuanto a los que estudian el fenómeno mediante un análisis lingüístico tenemos que para Cotteret (1973) el problema de la relación entre el emisor y el receptor no tiene importancia. Parte del principio

según el cual los actores de la escena política son los emisores de la comunicación política. Lo que más le preocupa es la *elaboración del mensaje*, es decir, su forma, que obedece a ciertas leyes de la comunicación. Lo importante radica en la eficacia del mensaje, la cual estará determinada por lo largo o corto del discurso, por su lentitud o rapidez, por una constelación de términos más o menos rica, por la amplia o escasa introducción de palabras nuevas y por los efectos de redundancia y la utilización de imágenes simbólicas que sean capaces de movilizar a la población al momento de la contienda electoral. Finalmente, Guilhaumou (1975) procura comprender la relación existente entre el *contenido lingüístico del mensaje y las fuerzas sociales*, de donde surge la “clase dominante”, es decir, la que impone las condiciones, y la “clase dirigente”, la que conduce los cambios y las situaciones. Para ello se apoya en el estudio de la sociología histórica, a la que incorpora una estructura de análisis lingüístico.

Los planteamientos anteriores parten de postulados completamente diferentes; podríamos criticar o retomar un fragmento de cada uno de ellos para efecto de presentar nuestro punto de vista en relación con el fenómeno de la comunicación política; sin embargo, consideramos que en todos los casos hay un elemento clave de este fenómeno que ha quedado fuera del análisis: el problema de la captación y la posible aceptación de los mensajes por parte de las personas que componen el grupo social. De allí se derivan las siguientes interrogantes: ¿por qué se acepta o rechaza tal o cual mensaje? y ¿cómo es posible que se dé una movilización en pro o en contra de una decisión o llamado?

Para poder dar respuesta a estas preguntas consideramos que es necesario orientar nuestro esfuerzo hacia un tipo de análisis diferente de los que aquí se han presentado y penetrar en el campo de lo que identificaremos como política simbólica.

2.3. COMPONENTES DE LA POLÍTICA SIMBÓLICA

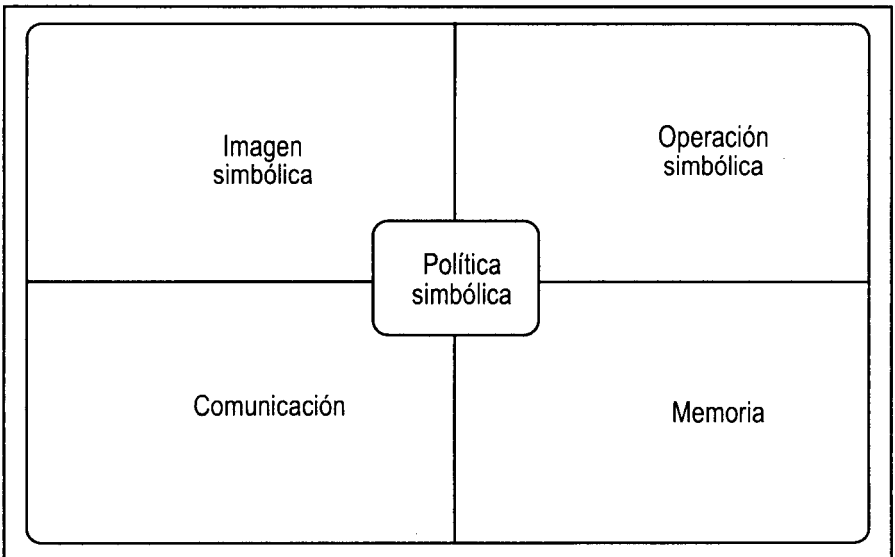
Como ya hemos visto, el mensaje se encuentra constituido por una secuencia de signos, los cuales están ubicados con respecto a un conjunto de *reglas de combinación* que tienen por objeto establecer relaciones entre el emisor y el receptor. Este conjunto de reglas de combinación se encuentra formado por un sistema de símbolos que permiten la representación de las informaciones transmitidas de una parte a la otra del proceso de comunicación, lo cual conforma un todo mucho más complejo que entendemos como simbolismo. Para su conocimiento

Jacques Berque ha propuesto dos visiones paralelas: una que lo define como “el descubrimiento de lo que se encuentra tras la sensación, la actualización del sello —símbolo—, la noción de las luces, el desprecio de lo cotidiano” (tomado de la opinión de Bishr Farés en la obra *Divergence*, Mafra Qal-T’uruq, p. 233) y la otra que lo explica como “el acto de transformación de los valores sensibles en valores abstractos y viceversa (según el punto de vista de Jamil Calibá, *ibid.*, p. 232. Véase Arbesú, 1987).

En este contexto podemos iniciar nuestra introducción en la política simbólica, que va mucho más allá de lo que podríamos definir como el simbolismo pues implica la capacidad de influir en las voluntades mediante el empleo de imágenes, signos y símbolos, y se da en todos los niveles, no solamente en las relaciones entre gobernantes y gobernados. Constituye una manera de actuar, un comportamiento de las personas que componen la sociedad frente a los diferentes retos que se les presentan.

La política simbólica se encuentra compuesta por cuatro elementos fundamentales: imagen simbólica, operación simbólica, comunicación propiamente dicha y memoria.

DIAGRAMA 4: ELEMENTOS COMPONENTES DE LA POLÍTICA SIMBÓLICA



Para explicar en qué consiste la política simbólica se debe analizar a la sociedad bajo un sistema de autorregulación en términos de representación y comunicación, es decir, que tome en cuenta la validez y aceptación de los contenidos de los mensajes que, en términos de tiempo, son procesos prolongados que han sido llamados “de crisis”, porque los significados se encuentran en constante reinterpretación y porque hay momentos en que ninguna fuerza dinámica conduce a la vida política hacia su superación o a su transformación. Es decir, se trata de momentos en que ninguna operación de transmutación de los valores nos hace creer en un cambio, en los cuales los discursos dan la impresión de carecer de significado. Entonces, la única fuerza que le queda al sistema dominante para mantenerse en estado de equilibrio, el cual no puede partir de supuestos sino de hechos positivos, es la de la imagen simbólica, que considera, reúne y refuerza el modelo vigente.

Así, la imagen simbólica es el elemento del mensaje que permite su cohesión y le da significado al mismo; de manera general, son conceptos con fuertes contenidos, como por ejemplo: libertad, seguridad, soberanía, igualdad, revolución mexicana, federalismo, símbolos patrios, valores sociales, etcétera. Los componentes de la imagen son una *sobreproducción de elementos descriptivos* de grandeza, de honor, de fuerza, de prudencia, de felicidad; una sobresimbolización producida por el análisis para remediar los defectos del símbolo. “La imagen simbólica es el vínculo fortalecido de los contrarios, del pluralismo y del mito” (Sfez, 1978, pp. 141 y 142), como sucede en los discursos a lo largo de una contienda electoral sin importar el partido político de que se trate.

A partir de aquí podemos empezar a encontrar elementos que nos permitan entender por qué los discursos políticos, en general, se caracterizan por la utilización recurrente de un lenguaje triunfal. Pero, ¿cómo surge la imagen simbólica?, ¿a través de qué mecanismo ha llegado a ser aceptada por una población en un lugar y momento dados? Aunque *en los momentos de crisis las imágenes simbólicas permiten que el sistema se mantenga* y que además sea posible la formación de nuevas imágenes, la imagen simbólica propiamente dicha es el resultado de una operación de rompimiento y reunificación social que denominaremos operación simbólica. Por ejemplo, el momento del inicio de la lucha por la independencia, la promulgación de las Leyes de Reforma o el surgimiento del Plan de San Luis en 1910 son ejemplos de situaciones de conflicto que han formado, redefinido o generado imágenes simbólicas.

Las operaciones simbólicas se manifiestan fragmentariamente y con poca frecuencia, aunque de manera puntual en la historia institucional y social. Juegan un papel fundador en un conflicto violento que ellas forjan y que las legitima. Imponen cierta destrucción y un orden nuevo, luego desaparecen. El conflicto puede ser circunstancial o inducido, y también violento y, además, ser una amenaza seria para la sociedad. Por ejemplo, imágenes relacionadas con la xenofobia en Alemania, el problema del medio ambiente en las grandes ciudades, la guerra por problemas étnicos y de territorios en Bosnia-Herzegovina, catástrofes naturales como terremotos, inundaciones, etcétera. De esta manera, las imágenes “aglutinan en una actividad única de palabra y de acción los fragmentos dispersos de una sociedad en descomposición, con el objetivo de fundar de nuevo su unidad. Con este fin, explotan las rupturas y los desacuerdos de la situación, la empujan al máximo en un paroxismo de pesimismo y se mueven al encuentro de una imagen fuerte que permitirá, de nuevo, la reunificación y sobrevivencia social”.

En esta fase las imágenes se encuentran divididas en dos campos, ya sea en pro o en contra de la operación simbólica, la cual, a su vez, sólo se puede presentar en la medida en que se de una *proliferación de imágenes*, es decir, un exceso de elementos cuyo significado representa otras cosas, los cuales son empleados a través de los discursos para mantener una cierta situación de dominio. Estas imágenes no son las simbólicas, hay que recordarlo. La imagen simbólica es única y preciada; una campaña política que encuentre y utilice la imagen simbólica apropiada para un grupo social específico en un momento determinado tiene enormes posibilidades de éxito. La dificultad se presenta cuando nos encontramos entre una multitud de signos, de palabras, de conceptos y las imágenes intentan en vano centrar el sentido en un punto.

Así, a fin de detener el desorden, la sociedad encuentra una única solución: montar un conflicto, que no quiere decir hacer una revuelta armada de manera forzosa sino más bien empujar hacia la ruptura, vencer las imágenes adversas y a través de una comunión —con las imágenes favorables— renovar el mito fundador. Un ejemplo de esto puede encontrarse en la situación de Alemania en los años treinta, que permitió el surgimiento del Partido Nacional Socialista, el cual pasó, de manera vertiginosa, de una reunión de unas cuantas personas en una cervecería al control de ese país y de casi toda Europa en muy poco tiempo. Ahí, el nacionalsocialismo se convirtió en la imagen simbólica que aglutinó la tradición, el porvenir, la fuerza, la raza, el trabajo, lo moderno, la justicia, la libertad; en resumen, ¡todo!

Por eso Sfez comenta que *la operación simbólica es una purga de imágenes*. Las somete a una selección severa, asigna un enemigo exterior a combatir, lo que produce una frontera rígida e infranqueable, un bloqueo donde la existencia de un enemigo común no sólo es útil sino que, además, sirve como elemento de catálisis. El conflicto se establece cuando el enemigo identificado se vuelve odioso, y cuando la operación simbólica ha transformado al grupo en combatientes y transfigurado el debate de imágenes en lucha por la supervivencia. Este fue el caso de los judíos, los financieros, los comunistas y los extranjeros en la Alemania nazi.

En el juego que se da entre la operación simbólica y las imágenes al momento del conflicto, habrá algunas que serán totalmente olvidadas o excluidas, mientras que otras serán empleadas con el objeto de poder constituir el orden nuevo y eliminar el anterior. El nuevo orden vivirá, posteriormente, momentos de crisis y, a su vez, finalizará también en otra operación simbólica. Se da, de esta forma, una serie de movimientos recurrentes y sucesivos. Véase, por ejemplo, lo ocurrido en los países de Europa del Este, los cuales al no encontrar una imagen clara y contundente tienden a regresar a los conceptos y principios que durante años les fueron comunes y claros. Por muchas razones esta situación no se ha presentado en Alemania, pero en cuanto a lo que nos ocupa, creemos que gracias a una operación simbólica la imagen del Muro de Berlín, que implicaba físicamente una división, es ahora un elemento de unificación.

Sin embargo, *la duración de la operación simbólica, en el apogeo de su acción, es muy corta*. Además, en la medida en que los movimientos se van sucediendo uno tras otro, se procede al almacenamiento de las imágenes pasadas. Queda una memoria que, en tiempos de crisis, cuando la política simbólica no es transformadora sino simplemente reformadora, ayudará a asegurar la supervivencia del sistema a través de la evocación de las épocas pasadas. Por ejemplo, las ideas de igualdad, fraternidad y libertad existían mucho antes de la Revolución Francesa; sin embargo, al momento de la toma de La Bastilla se transformaron en algo evidente, lo que dio sentido, incluso, a los colores de la bandera francesa, en donde la imagen se transformó en un objeto.

Ahora bien, ¿cómo funcionan las imágenes simbólicas cuando son utilizadas como instrumentos de unificación? Mediante su empleo en los tiempos de crisis haciéndolas revivir en la memoria colectiva. Cabe aclarar que en el momento de un conflicto lo anterior no será suficiente para garantizar la existencia de la política simbólica y, en consecuencia, del sistema. En presencia de una operación de ruptura y reunifi-

cación, la memoria también permitirá condensar en el conflicto las imágenes difusas que han sido usadas en crisis anteriores. Por ejemplo, el sueño americano en los Estados Unidos o el nacionalismo revolucionario en México. Estos son conceptos administrados, manejados y empleados de manera constante por diferentes líderes en las relaciones sociales al interior de los dos países.

Por ello, cuando se habla del mito fundador se hace referencia a operaciones anteriores, de donde han surgido las imágenes guardadas en la memoria y que sirven de apoyo en los momentos de crisis, e incluso en los conflictos, como arquetipos, es decir, modelos primarios y universales de representación. Además, la operación mítica del símbolo necesita apoyarse en la comunicación, de la que no puede prescindir y en la que debe encontrar una cadena de imágenes identificables que alimentará el recuerdo de su presencia.

De esta manera, las imágenes simbólicas son formadoras de la memoria selectiva que mantienen, pero son dependientes de la operación que suscitan. Si se intentara buscar una relación causa-efecto entre estos elementos nos encontraríamos frente a un gran problema, ya que es evidente que cada elemento es la causa, pero también, y al mismo tiempo, el efecto de muchos otros en una serie de movimientos recurrentes en forma de espirales, formados por las crisis y los conflictos sociales.

Pensemos en conceptos manejados universalmente como imágenes simbólicas: la libertad, la soberanía y la justicia. El contenido que cada uno de ellos tiene para nosotros, mexicanos de finales del siglo XX e inicios del XXI, no es el mismo que tuvieron para nuestros abuelos durante la Revolución, ni será el mismo que tengan para nuestros bisnietos. También existen variantes en cuanto al significado que puedan tener en este momento pero en contextos distintos. Imaginemos, simplemente, cómo podrían ser vistos o entendidos por un hindú, un sudamericano o un asiático. Por otro lado, es difícil determinar dónde empieza la libertad y dónde termina la justicia: ¿se podría ser libre sin justicia? ¿Se podría ser justo sin libertad? Hay que recordar que nuestro objetivo no es una discusión filosófica sobre los conceptos sino ejemplificar cómo se retroalimentan y se mueven de forma recurrente e interdependiente.

Sin embargo, comprender su funcionamiento y su desarrollo, maximizados por el empleo de los medios masivos de comunicación, resulta ser una necesidad primordial para profundizar en este tema, para lo cual es fácil constatar las modificaciones abismales que van desde la democrática Atenas, donde la comunicación estaba en el principio mis-

mo de la sociedad, hasta hoy día en que cada vez se habla más pero se comprende menos, y donde las grandes figuras simbólicas como la igualdad, la libertad, la nacionalidad, la justicia, etcétera, aparentemente han ido desapareciendo como instrumentos de integración y de movilización social para dejar el espacio vacío a los medios masivos de comunicación.

Con base en lo anterior, podemos ejemplificar la tragedia de la sociedad contemporánea con la familia moderna: en la cocina se encuentra el ama de casa que, comunicada con su entorno, participa en *concursos interactivos* por la televisión mientras prepara los alimentos; el hijo está comunicado con el mundo a través del tránsito por modernas y eficientes *autopistas de información y de datos* gracias a Internet; la hija, comunicada por el teléfono con alguno de los servicios para encontrar pareja, disfruta de una charla con varios interlocutores que ya no es capaz de contactar personalmente mediante una relación social. Finalmente, el señor disfruta *en vivo* de eventos deportivos desarrollados a kilómetros de distancia portando, además, los colores que le dan el sentido de pertenencia a su equipo favorito. ¡He aquí una familia perfectamente comunicada!

De esta forma, si agregamos a lo expuesto en los párrafos anteriores el drama de la sociedad contemporánea —donde la ausencia de una experiencia comunitaria es cada vez más evidente—, la necesidad de recurrir a la representación se fortalece, ya que ésta es empleada como un instrumento de simplificación, de abstracción de la realidad y de integración humana.

Además, recordemos que la sociedad sostiene actos de comunicación que permanecen. Estos actos se dirigen hacia una comprensión o hacia un logro, pero la técnica de la comunicación a través de los medios sustituye ampliamente los modos de entendimiento tradicionales como son el lenguaje cotidiano y las culturas subyacentes. Lo anterior fortalece nuestro comentario, pues nos hace ver de qué manera la puesta en operación y funcionamiento de la política simbólica, a través de los medios de comunicación, influye en los comportamientos y transforma la vida social.

En esta situación las personas y las organizaciones sociales se enfrentan a tres diferentes opciones posibles: vivir *con* los medios, vivir *en* los medios o vivir *por* los medios.

En el primer caso, *el hombre pretende permanecer libre frente a la técnica*, se concibe a los medios como instrumentos para comunicarse y queda la impresión de que el sujeto está a salvo. Aquí coinciden las dos teorías clásicas: la de la representación y la de la comunicación. La

comunicación, en efecto, hace la distinción emisor-receptor y construye entre ellos un canal. Resultado: se otorgan poderes considerables, exclusivos, a los medios de comunicación en los dos casos. Sólo el representante, es decir, el que elabora y/o transmite el mensaje, tiene el poder de garantizar la objetividad, como sucede, por ejemplo, con la mayoría de las agencias de noticias al definir las características de las notas que son proporcionadas a los medios masivos de comunicación. Pero el hombre mantiene su dominio sobre la tecnología que emplea y que le es útil, y en caso de que lo amenace él es capaz de someterla.

En el segundo caso, vivir con los medios, *el hombre y los medios están integrados*, interactúan, constituyen elementos de algo común. En esta interdependencia, especie de organización en la que la persona y la técnica son parte de un todo a la manera del policía del futuro, del *robocop*, la integración multiplica de manera aparente las potencialidades humanas, donde, como dice Sfez, “lo que cuenta es señalar los intercambios posibles y analizar el papel de los elementos que forman ese todo que llamamos universo. En un mundo hecho de objetos técnicos, el hombre debe contar con la organización compleja de las jerarquías que enfrenta. La idea de dominio se borra para dejar el lugar al de la adaptación *en*”. Esto quiere decir: el hombre en la máquina, el individuo en los medios. Así, el sujeto no existe más que por el objeto técnico que le asigna sus límites y determina sus cualidades. La tecnología es el discurso de la esencia, es decir, el significado de su contenido. Por la tecnología, el hombre puede existir, pero no sin ella fuera del espejo que lo contiene, dejando la primacía a la máquina inteligente de la que recibirá las lecciones. Ya no se sabe quién es el modelo de quién. Sujeto y objeto, productor y producto están entonces confundidos. Lo anterior ocasiona, de manera irremediable, un alejamiento de la realidad y la pérdida del sentido y de la identidad, ya que hombre y máquina se vinculan, coexisten y el resultado es *positivo e incremental*, es decir, el resultado de esta interacción presenta al hombre con la ilusión de que multiplica su alcance y su creatividad, esto es, que incrementa su potencialidad. Un ejemplo de esta integración es la manera como se propone la incorporación de avances tecnológicos, por ejemplo el de la realidad virtual, a la vida cotidiana: con ellos multiplicamos nuestras potencialidades y valemos más. Véase también el caso de las fusiones fisicobiológicas entre máquinas y seres humanos en los trabajos de ciencia ficción.

Finalmente, en el tercero, vivir por los medios, *es el hombre quien se encuentra al servicio de los medios*, o la persona dependiente de la

máquina. El ser humano se ve reducido a “un mecanismo de proceso de información construido sobre un sustrato biológico, resultado de años de evolución y cambio, que es influenciado por la sociedad y la cultura”, como en el caso de la creación de los llamados sistemas expertos que a pesar de ser considerados como *humanos* son fríos como las máquinas; su representación en el discurso político sería la preferencia de la estructura del decir sobre la incertidumbre de lo *dicho* aquí. Un ejemplo lo constituye el concepto estadounidense conocido como *wisiwig* (*what I see is what I get*, lo que veo es lo que obtengo), que denota el dominio del objeto sobre el sujeto, de la herramienta sobre el hombre. Así, sólo existe lo explícito. Esta teoría ve al hombre como un procesador de información. Una computadora es una instancia de procesamiento de información que sugiere una interesante metáfora: el hombre debe tener por modelo a la computadora digital y no al contrario. El receptor es pasivo, podríamos decir que se encuentra en estado hipnótico y muy influenciado por la propaganda, lo que Ravault llama acertadamente la tesis de la victimización del destinatario. Bajo esta óptica, únicamente el emisor —la máquina— es creativo, pues regula las relaciones entre la máquina y el hombre, y entre éste y el resto de la sociedad. De este modo, la imagen del hombre tendido frente al televisor, a través del cual conoce, se comunica, consume y, en general, vive a lo largo del día, es el mejor de los ejemplos.

En esta última etapa, las organizaciones con vocación social en general, y los partidos políticos en particular, verán reducidas sus posibilidades de vinculación con el público a situaciones como:

1. La comunicación para desencadenar o establecer programas, a fin de que los individuos conozcan la oferta política.
2. La comunicación para proporcionar los datos que permitan aplicar las estrategias exigidas por la evolución de los programas, para conseguir la aceptación de las propuestas políticas.
3. La comunicación para la evocación de esquemas, a fin de simplificar los contenidos de las propuestas.
4. La comunicación de una actividad no programada, como un complemento de la información presentada a la comunidad.
5. La comunicación para proporcionar información sobre los resultados de las actividades, para legitimar los procesos.

De esta forma, al no poder invitar a la comunidad a una participación más activa y comprometida, será solamente la comunicación

informativa la que permita la autorregulación de las instituciones. A la luz de este supuesto, la organización se esforzará por contar con un repertorio de respuestas a los estímulos o requerimientos, ya que su principal necesidad será saber con cuál de éstos se enfrentará y así poder ejecutar el programa correspondiente, previamente diseñado por la misma organización, almacenado en un gran acervo de paquetería, con la certeza de que los estímulos o requerimientos son el resultado de la operación de dichos programas, lo que reduce la participación política a una pura y simple relación de consumo (en poco tiempo aparecerá en español una obra de Alvin Toffler titulada *Guerra y Antiguerra* donde el autor profundiza en su propuesta de desmasificación, la cual es muy interesante y complementa el estudio de este tema).

Así, el único fin será absorber las variables presentadas por aspectos como: las necesidades del receptor, la necesidad de corregir las desviaciones del emisor y la distribución de la competencia técnica para interpretar, resumir y comparar los datos.

Con base en lo anterior vemos que si bien la política simbólica es un elemento fundamental para la comunicación, también puede generar efectos perversos en las relaciones sociales en la medida en que, mediante la pérdida del significado, se puede pasar de la *relación hombre-máquina* del primer caso, al *binomio máquina-máquina* del segundo ejemplo, para concluir con la *dependencia máquina-hombre* del tercero. Un ejemplo de estas tres etapas, aplicado a los procesos electorales, puede ser el relativo a los resultados de los sondeos de opinión respecto a la intención del voto. En el primer caso los medios son empleados para informar de los resultados; en el segundo la información de los resultados pretende influenciar las tendencias del voto; y en el último los electores consultan los resultados de los sondeos para decidir por quién votar.

Hasta este momento se ha tratado de presentar una interpretación a la creación y, sobre todo, a la aceptación social de las imágenes simbólicas; pero, ¿cómo podríamos tratar de comprender la estructura de este fenómeno simbólico dentro de una sociedad, en un momento dado? Esto es, ¿qué metodología podría emplearse para el estudio de la política simbólica? Existe un método denominado *sobrecódigo* que, para su presentación, requiere hacer referencia al enfoque sistémico.

2.4. LA TEORÍA DE SISTEMAS

Existen diferentes maneras o métodos para conocer y estudiar la realidad. A partir de la segunda mitad del siglo XX los científicos han op-

tado de manera recurrente por el empleo del denominado enfoque sistémico que, si bien inició en la termodinámica como un método para analizar los fenómenos fuera del laboratorio y dentro de su ambiente natural (véase Bertalanffy, 1976), ha visto incrementada su utilización en todas las áreas del conocimiento. Dentro de los trabajos en las ciencias sociales destacan el de W. Buckley (1967), que planteó la relación entre la teoría moderna de los sistemas y el estudio de la sociología; el de N.J. Demerath III y R.A. Peterson (1967), quienes a la luz de la teoría sociológica contemporánea analizaron sistemáticamente el cambio y los conflictos sociales; y los ampliamente conocidos de T. Parsons (1957) y H.A. Simon (1957), quienes plantearon por primera vez el concepto de sistema social y los modelos o estereotipos de hombre a partir de dicho enfoque.

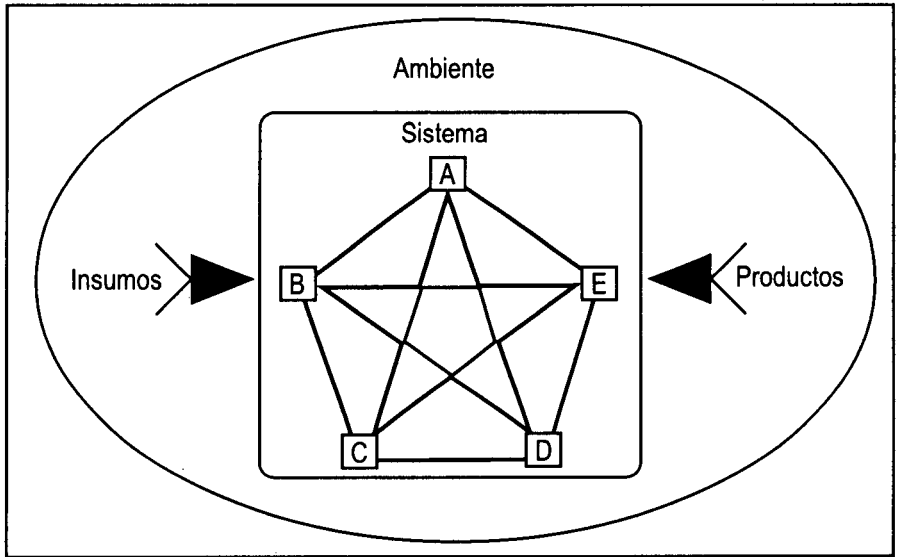
Por ello, para contar con una mejor idea de cómo opera la política simbólica, de lo que es y representa, se propone la aplicación del método sistémico que parte de la idea de considerar a un sistema como un *conjunto de elementos interrelacionados entre sí y tendientes a la consecución de un mismo fin*. Un aspecto importante en este método es la comprensión de la relación vital entre sistema y ambiente, de donde se nutre vía insumos y a quien alimenta mediante los productos del funcionamiento del sistema. Se trata de una teoría general que propone el estudio de la realidad a partir de sistemas o conjuntos de elementos. De este modo, "un sistema puede analizarse racionalmente según la dosificación de los elementos que lo componen. Puede crecer sin cambiar de naturaleza" (Sfez, 1981, p. 46), pero mantiene reglas de relación permanentes (véase diagrama 5).

Este enfoque se interesa también por la naturaleza propia de cada sistema, la cual luchará por mantenerse en los diferentes movimientos sistémicos de una manera coherente, con la finalidad de guardar siempre la misma proporción de elementos que la constituyen.

El funcionamiento no sería posible sin la presencia, además, de la energía *positiva* de los elementos que componen el sistema. Positiva en el sentido en que interactúan hacia un mismo fin y que, en términos sistémicos, permite su funcionamiento.

Por otro lado, al darse la interrelación de los elementos surge la tendencia a privilegiar el interés de cada elemento en detrimento del interés del sistema, debido a que se encierran en sí mismos y tienden a desarrollar *la entropía* o energía negativa que impide el desarrollo armónico del sistema.

DIAGRAMA 5: ELEMENTOS COMPONENTES DEL ENFOQUE DE SISTEMAS



De esta manera, la naturaleza de los sistemas constituye, como constante, una suerte de *mecanismo de autorregulación* tanto para los elementos internos como para las variables provenientes del ambiente, de conformidad con las reglas propias de la organización, de los elementos y de su proporción en el interior del sistema. “Mientras que los elementos variables se agreguen convenientemente, estas variables, aun si se desvían, no afectan la racionalidad del conjunto” (Sfez, 1992, p. 24).

En esta tesitura, no es posible plantear la existencia de un solo tipo de racionalidad general para todos los sistemas, ya que cada uno de ellos tendrá una diferente lógica de funcionamiento. Un ejemplo lo constituye la manera en que es empleado un idioma, el castellano, por diferentes grupos sociales; si uno intenta presentar un mismo discurso, cada grupo lo interpretará de manera diferente, ya que cada sistema tendrá sus propias reglas y su propia lógica, es decir, su propia racionalidad.

Cabe destacar que la racionalidad es entendida como el principio motor de cada sistema, por lo que estamos en presencia más bien de una *multirracionalidad* dividida en racionalidades propias para cada uno de ellos, lo que nos ayudará, mediante el empleo del enfoque sistémico, a comprender de manera integral el comportamiento de las personas en la sociedad y la forma como reaccionan en relación con los elementos que componen dichos sistemas.

De la misma manera que para las personas, la teoría de los sistemas puede ser aplicada para entender el comportamiento de los conceptos en los discursos políticos y sociales, donde los elementos componentes de cada sistema serían las propias imágenes, las cuales, en su movimiento formado por los momentos de crisis y de conflicto —y gracias a las operaciones simbólicas— toman valor por sí mismas, transformándose en imágenes simbólicas. Así, el enfoque sistémico nos enseña que todos los elementos estarán unidos de muchas maneras en función del ambiente, ya sea cultural, político o social, y que sus vínculos, lejos de ser casuales y simples, reaccionan unos sobre los otros, por lo que habrá tantos vínculos como racionalidades. A la luz de estos planteamientos, surgen las siguientes interrogantes:

- ¿De qué manera se establecen las relaciones entre las diversas racionalidades de los sistemas formados de imágenes, signos o símbolos?
- ¿Hay un medio de comunicación similar entre ellos?
- ¿Se puede hablar de un lenguaje común entre estos sistemas?

Es evidente que si cada sistema tiene su propia racionalidad deberá tener también un lenguaje o, mejor aún, un código propio para interpretar las informaciones que recibe. Entonces habrá, para cada uno, todo un conjunto de normas de organización mediante las cuales se transcribirán e interpretarán los mensajes, es decir, insistimos en el tema, un código particular para cada uno y, en consecuencia, un cierto número de relaciones entre los códigos de cada sistema e, incluso, de cada subsistema. De ahí el desarrollo de un método que pretende ayudar a comprender cómo funcionan los fenómenos basados en la representación simbólica.

2.5. EL MÉTODO DEL SOBRECÓDIGO

En su acepción más estricta, los códigos se construyen arbitrariamente, es decir, de acuerdo a la lógica particular de cada sistema, mediante la distribución de un conjunto de elementos, que de manera general son lingüísticos, a fin de establecer una serie única de interpretación o de traducción. En este sentido, codificar consiste en *reemplazar una serie por otra*, cuyos elementos son definidos según una misma regla de oposición o reemplazo. Por ejemplo, cuando se emplea una computadora se parte de que en el lenguaje humano hay una variedad de caracteres para cada cifra, letra y signo de puntuación, lo que nos permite

diversas posibilidades de combinación. Pero para las computadoras constituidas por circuitos electrónicos no hay más que dos posibilidades: que se permita el paso de la corriente eléctrica o que se le impida. De esta forma, si queremos utilizar las computadoras o, como algunos autores mencionan, comunicarnos con ellas, debemos traducir los diferentes códigos humanos al código de la máquina, es decir, al lenguaje binario (puede consultarse, en la sección correspondiente a la codificación y al lenguaje, la obra de Bremond, *La numeration binaire*, 1982, pp. 156 y ss.).

En este ejemplo, el problema, a pesar de todas sus complejidades, no se plantea más que una sola vez pues en el interior de la máquina el código será siempre el mismo. En el interior de los sistemas sociales el problema es mucho más complejo ya que “en términos de sistemas y de subsistemas se puede percibir cada elemento dependiendo de su propio código, el cual corresponde a la racionalidad de su sistema: objetivo, modo de organización, composición social y lugar en el sistema global definen un comportamiento característico que denominaremos código. Una serie de reglas internas de prohibiciones y de filtros forman la estructura de ese código que anima a su vez un lenguaje específico” (Sfez, 1981, p. 324).

Como puede verse, no hay un código para cada sistema o subsistema porque dentro de éstos hay códigos en relación con sus funciones; algunos tendrán, incluso, funciones distintas para cada uno. En muchas ocasiones un sistema puede tener como restricciones a los elementos que funcionan como reglas de organización en otro sistema. Por ejemplo, en una familia, al proponer una opción para las vacaciones nos percatamos de manera sencilla que éstas son vistas, comprendidas y esperadas de manera diferente por cada uno de sus miembros.

Si los códigos pueden ser diferentes y variables, ¿cómo se podría definir al sobrecódigo? ¿Cuáles serán las características particulares y similares para todos? Es decir, ¿cuáles son las relaciones entre los sistemas mismos?

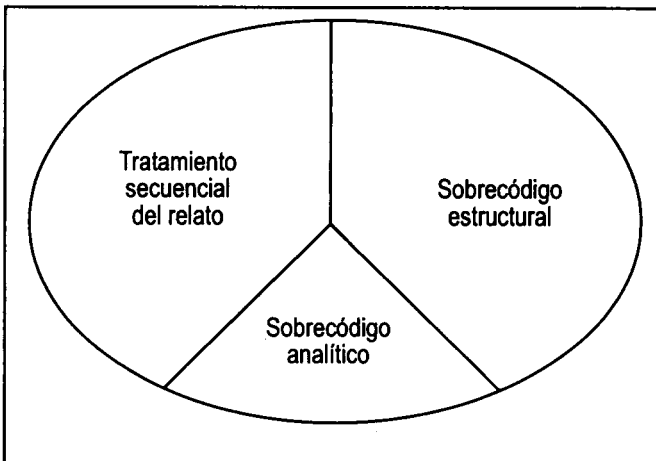
En el marco de este análisis, consideramos que las relaciones que vinculan a los sistemas entre sí son relaciones de significación, esto es, existe una constante entre las diferentes funciones de los códigos: son utilizados siempre para llevar a cabo una representación, tanto de ideas como de cosas. Además, las imágenes que permiten esta representación pueden ser usadas en diferentes códigos —e incluso dentro de un mismo código— para identificar cosas heterogéneas. Pongamos un ejemplo: hace algunos años, un representante del sector privado, al referirse al salario mínimo, exclamó: “no es mucho, está apretadito pero alcan-

za". Esta frase fue considerada de manera diferente por cada grupo social. Algunos la juzgaron como simpática, otros pensaron que el representante no sabía de lo que estaba hablando y hubo quienes la recibieron como poco menos que un insulto. Entonces, el sobrecódigo es entendido como "una interpretación de los diferentes sistemas al nivel de las significaciones, como un paso, un movimiento de código a código"(Sfez, *op. cit.*, p. 319).

Es por ello que una de las formas más completas para comprender el fenómeno de la comunicación y, mejor aún, del funcionamiento de la política simbólica en una sociedad consiste en considerarla a partir de un sobrecódigo, analizando la manera como se hacen los intercambios de los esquemas de representación entre los distintos sistemas. El método del sobrecódigo está compuesto de tres etapas: *el tratamiento secuencial del relato, el sobrecódigo estructural y el sobrecódigo analítico* (ver diagrama 6).

La primera es la etapa secuencial, que parte de un postulado cómodo: el investigador sólo puede vérselas con una narración lo más completa y compleja posible de los antecedentes del objeto de estudio donde resulta útil aplicar técnicas de interpretación que, como la semiótica, se centran en el estudio de los signos, síntomas o consecuencias del comportamiento del objeto de estudio. *Esta primera etapa permite identificar esas secuencias y a los actores*, así como situar sus juegos estratégicos y clasificarlos. Producen un material más elaborado que la narración bruta que se deriva de los documentos y de las entrevistas.

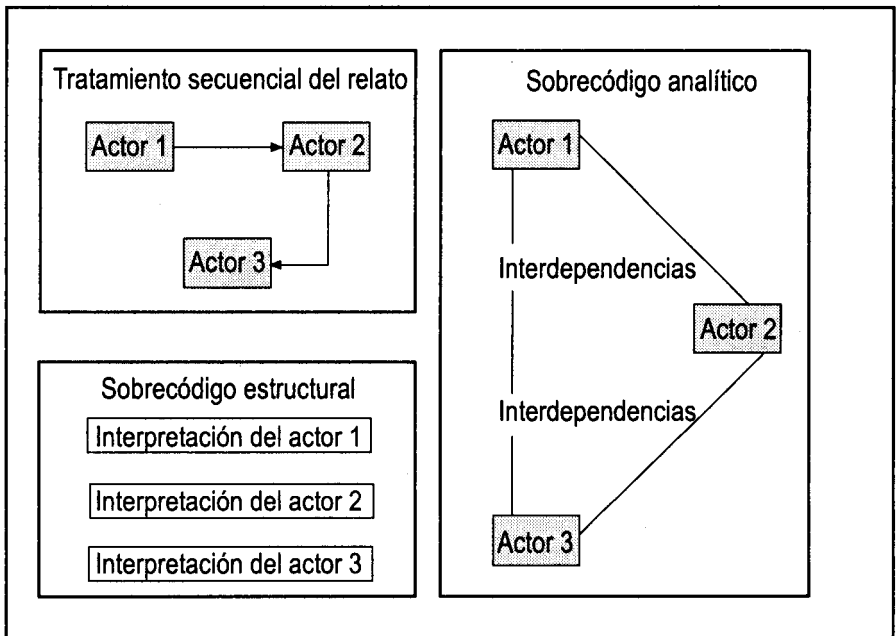
DIAGRAMA 6: ELEMENTOS COMPONENTES DEL MÉTODO DEL SOBRECÓDIGO



La segunda etapa es la del sobrecódigo estructural, la cual considera el material de la fase anterior para ser tratada según un planteamiento que le permite localizar el cambio en el sitio donde los subsistemas se friccionan entre sí, donde su información es modificada o sesgada, lo cual deforma el mensaje. En estos lugares de interferencia, enredados por definición, se sitúan los cambios. Para el ejemplo de la frase del representante del sector privado, en esta etapa se estudia la forma precisa en que es recibida, interpretada y analizada por cada grupo o sistema.

Por último, el sobrecódigo analítico es la prolongación del precedente. *El estructural localiza el cambio, el analítico estudia intrínsecamente el cambio con sus propias leyes.* Se aboca a la tarea de localizar, analizar e interpretar los diferentes códigos que actúan sobre el conjunto; descubrir las coacciones que ejercen unos en otros; ver cómo las significaciones son efectos de sentido, es decir, cómo un sistema puede *significar* cuando es solicitado por otro sistema de sentido, algo diferente, alejado, desplazado de su sentido original. He ahí la primera investigación que hay que realizar (ver diagrama 7).

DIAGRAMA 7: OPERACIÓN DEL MÉTODO DEL SOBRECÓDIGO



Es conveniente hacer una precisión en este punto. Lo que llamamos *sobrecódigo* es el resultado de ese entrecruzamiento de sentidos. Pero para localizar el lugar de la significación, como lo señala Lucien Sfez, es preciso descubrir los sistemas internos, sus coacciones, su objeto, sus fines. Sólo entonces se podrá ver de qué manera ejercen una influencia en el sistema vecino.

El mecanismo mediante el cual ha sido empleado este proceso para la legitimación de grupos u organizaciones es la política simbólica, que trabaja dentro de la sociedad en los diferentes momentos de crisis y de conflicto que ella enfrenta. Lo hace a través de la transformación de los signos y las representaciones en imágenes simbólicas que adquieren un valor en sí mismas al convertirse en algo tangible.

Para poder comprender cómo opera la política simbólica dentro del cuerpo social y analizar sus consecuencias, es necesario contar con un instrumento de trabajo que contemple el problema partiendo de una generalidad. Esta totalidad queda integrada por una serie de elementos interrelacionados entre sí que permite a los procesos de representación traspasar los sistemas y subsistemas modificando su forma y su contenido. Por ello, el método del *sobrecódigo* puede constituir este instrumento de análisis, ya que reúne todos los requisitos necesarios para llevar a cabo una tarea de estas proporciones.

Un ejemplo de aplicación del método del *sobrecódigo* en nuestro país es el siguiente: una investigación demostró cómo la planeación, como concepto, constituye para México una imagen simbólica. Esto surgió en el momento mismo de la independencia nacional y a lo largo de la historia ha estado siempre presente; ha tenido diversos contenidos y significados, y ha sido empleada como elemento de comunicación, conducción y legitimación (Arbesú, 1985).

Con lo expuesto hasta aquí podemos concluir que la comunicación política y su empleo, por parte de la política simbólica, constituye un fenómeno que, por su naturaleza, no podría ser tratado en unas cuantas líneas. No obstante, hemos presentado brevemente diversos enfoques y puntos de vista a fin de aportar elementos que permitan ayudar a su comprensión.